

La espía que nunca fue

Mata Hari encarnaba a una mujer fatal. Pero no era una espía, sino una prostituta de lujo. La fusilaron por ese cargo hace 90 años y eso la convirtió en la agente secreta más famosa de la historia. **TEXTO: J.M. SERVÍN**

“Una ramera sí, pero una traidora, jamás”. Esta frase exculpatoria se atribuye a la desnudista y cortesana más famosa del siglo XX, durante el juicio sumario que enfrentó a los 41 años el 27 de julio de 1917 en París. En febrero había sido arrestada en esa capital bajo los cargos de espionaje en favor de Alemania y responsabilidad en la muerte de más de 50 mil soldados franceses.

Desde el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, Francia, avasallada por el ejército alemán, sufría tres años después muertes por hambre y en combate que sumaban millones. Tras varias ofensivas fracasadas, hubo motines de soldados y levantamientos civiles que hacían temer al gobierno una revolución como la que comenzaba en Rusia. Era necesario levantar el ánimo del pueblo y Mata Hari fue elegida como chivo expiatorio para justificar la debacle.

Sin embargo, hoy se confirma que esa encarnación de la mujer fatal, calculadora, ambiciosa y extravagante, enriquecida principalmente a costa de militares poderosos de ambos bandos, sólo prestaba sus servicios secretos como prostituta de lujo.

Nacida en Holanda el 7 de agosto de 1876, Margaretha Geertruida Zelle heredó de su padre, un comerciante de sombreros a quien sus vecinos llamaban burlescamente “Barón”, el delirio de grandeza que desde muy joven la llevaría a explotar su belleza peculiar. Para los estándares de la época era tan alta o más que un hombre y la cabellera negra realizaba la piel aceitunada y sus rasgos ligeramente orientales.

A los 19 años por vía epistolar se comprometió en matrimonio con un oficial naval que le doblaba la edad y había sido asignado a Java. A los pocos meses de casada



ILUSTRACIÓN: SERGIO BORDÓN

Margaretha tuvo un hijo varón, y para cuando partió con su marido a la colonia holandesa iba embarazada de una niña. Así inició un ciclo de penurias y posterior rebeldía contra los yugos machistas. El niño murió a los 4 años de un extraño envenenamiento, presuntamente en venganza por el trato despiadado que el padre daba a sus sirvientes nativos. El matrimonio se fue a pique. El alcoholismo del oficial se volvió incontrolable y en las raras ocasiones en que asistía a casa luego de perderse con prostitutas, golpeaba y violaba a su mujer, que a los ojos de su círculo social aparecía como una atractiva y desenvuelta anfitriona de animadas reuniones. Sin embargo, las vejaciones y la soledad llevaron a Margaretha a internarse en la cultura javanesa y las técnicas amatorias orientales. Un delirio de fiebre tifoidea la convenció de haber visto a los dioses y diosas hindúes que guiarían su destino. Así renació como Mata Hari, que significa "ojo del amanecer", quien años más tarde cobraría por sus favores hasta mil francos (unos 600 euros en la actualidad).

Princesa de Java

De regreso en Ámsterdam, consiguió el divorcio, pese a lo escandaloso del trámite para la época, aduciendo maltrato, y se fue a vivir a París sin su hija. Aprovechando el ambiente cultural fascinado por lo exótico, Mata Hari se hizo pasar por una princesa de Java y consiguió trabajo como bailarina oriental que se iba desnudando poco a poco entre velos y sensuales contorsiones sin jamás dejar a la vista los senos, pues aducía, un antiguo amante le había arrancado los pezones a mordidas en un arranque de pasión. En realidad, lo que Mata Hari ocultaba era el punto débil de sus atributos: el tamaño.

La mitomanía y la imaginación fueron la esencia de su arte plebeyo, el *striptease*, pues Mata Hari entendió la valía del suspenso y la lascivia, entre lo que se muestra y lo que no. Aunque parecieran enemigos naturales, la censura y la habilidad de desnudarse en público compartían un mismo destino: el retardo de lo inevitable. Tal vez en ese estira y afloja entre el falso pudor y el desparpajo se encuentre la clave de la supervivencia de un naciente entretenimiento para adultos que en Francia exhibió la hipocresía y prejuicios de una sociedad pretendidamente libertina. Hacia 1900 en París se había inaugurado el Folies Bergères y la bailarina Blanche Cavelli protagonizó el primer *striptease*. El desnudamiento público, sobre todo aderezado con los encantos de lo "exótico", fue uno de los puntales de una revolución cultural que contribuyó a derrotar la moral victoriana afirmando la separación estética entre ambos sexos.

Gracias a ello Mata Hari manipuló a su antojo a los potentados de media Europa, que finalmente castigarían el atrevimiento. Sin proponérselo, el espectáculo de la cortesana ofrecía a las encorsetadas damas que acompañaban a sus maridos un medio de expresión individual liberador, radical y moderno respecto a otras manifestaciones de arte frívolo. Su apuesta contemplaba la aceptación del cuerpo y estrategias de seducción. Ello no impidió que quienes atiboraban los mejores teatros de Europa para ver a la desnudista, la juzgaran con el mismo rigor que sus acusadores de espionaje.

Mata Hari puso en entredicho la hipocresía hacia el sexo extramarital y el cuerpo. La Francia humillada por la guerra no estaba dispuesta a perder otro frente más, el de la "inocencia erótica" de sus

elites. Las condiciones eran inmejorables para deshacerse de otro enemigo. Había mucho resentimiento contra esa extranjera voluptuosa, bien relacionada con las altas esferas militares de países en conflicto que se desenvolvía ostentosamente en una capital azotada por el hambre y la desolación.

Una Marilyn

Para algunos de sus biógrafos como Pat Shipman, el estatus de Mata Hari al momento de su detención era similar al de Marilyn Monroe en la década de 1960; una celebridad reconocida como la mujer más atractiva y deseada de Europa. Ello confirma la incoherencia de las acusaciones en su contra. No podía pasar inadvertida quien llevó hasta las últimas consecuencias una arrogancia producto de su dominio sexual sobre hombres poderosos, que al final se desquitarían negándole el indulto. De lo más que podían acusarla era de propagar la sífilis, incurable aún, que contrajo de su exmarido.

Mata Hari se hizo y creó a sí misma. Era una sacerdotisa de la simulación y la mentira, paradójicamente, atributos indispensables de la espía que nunca fue. No es difícil intuir por qué nadie la defendió. Ni siquiera las feministas. Su delito fue dar y recibir placer sin inhibiciones a cambio de dinero y prebendas, y eso, en una época de absurda carnicería bélica lo pagó con el fusilamiento y un tiro de gracia en la sien el 15 de octubre de 1917. •

J.M. SERVÍN

México, DF, 1962. Narrador y ensayista. Sus libros más recientes son *Cuartos para gente sola* (Joaquín Mortiz) y *Revolver de ojos amarillos* (Almadía).